MUNDO DE LIBROS

Ni rey ni roque (1-2 de 4): episodio histórico del reinado de Felipe II, año de 1595

PATRICIO DE LA ESCOSURA

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Ni rey ni roque (1-2 de 4): episodio histórico del reinado de Felipe II, año de 1595

Patricio de la Escosura

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

* Las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas se han convertido a MAYÚSCULAS.

* Los errores de imprenta han sido corregidos.

* La ortografía del texto original ha sido modernizada de acuerdo con las normas publicadas en 2010 por la Real Academia Española.

* La puntuación y la toponimia también han sufrido ligeros retoques para su modernización.

* Se han separado en párrafos distintos las intervenciones dialogadas allí donde el texto adopta forma de diálogo, añadiendo y espaciando las rayas según los modernos usos ortotipográficos.

* Las cartas y misivas se presentan sangradas para mejor distinguirlas de otros entrecomillados.

* Se ha compilado y añadido un Índice al final del volumen pese a que el original impreso no lo incluye.

Ni Rey ni Roque

NI REY NI ROQUE

EPISODIO HISTÓRICO
DEL REINADO DE FELIPE II,
AÑO DE 1595

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA

POR DON PATRICIO DE LA ESCOSURA,

AUTOR DEL CONDE DE CANDESPINA

TOMO I

Madrid

Imprenta de Repullés

—

AÑO DE 1835

AL SEÑOR DON GERÓNIMO DE LA ESCOSURA, _Caballero de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III, del Consejo de Su Majestad, su Secretario con ejercicio de decretos, Intendente de Provincia de primera clase, y Vocal de la Real Junta de Fomento de la riqueza del Reino_.

En muestra de su cariño y respeto,

Su hijo, _Patricio de la Escosura_

¿De qué, pues, nos sirvieron
Siete siglos de afán, y nuestra sangre
A torrentes verter?... Lanzado en vano
Fue de Castilla el árabe inclemente,
Si otro opresor más pérfido y tirano
Le pone el yugo a su infelice frente.

Quintana: _Oda a Padilla_.

INTRODUCCIÓN

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo a ellas.

Caballero en un rocín cuellilargo, quijotudo y amojamado, su creación inmemorial, sus jaeces una jáquima bastante antigua y una manta de muestra no muy moderna, y, a pesar de todo, no mío, paseaba yo no hace mucho por una sierra del reino de Sevilla.

Preocupado en diferentes pensamientos, para mí muy importantes, y habituado ya al país en que me hallaba, confieso francamente que no me hacía mucho efecto el cuadro que me rodeaba, a pesar de ser una de las más bellas perspectivas que pueda imaginar el entendimiento.

Cuanto la vista alcanza a descubrir, desde el punto más elevado de aquel terreno, ofrece un aspecto lleno de vida y de interés. No hay allí una llanura que tenga un cuarto de legua en cuadro; y hablando con propiedad, los que los naturales llaman valles no son más que ramblas o encañadas, la más ancha de cien toesas, si las tiene. Compónese, pues, todo aquel país de cerros y colinas, peñascos y precipicios.

La naturaleza ha hecho tanto en favor de Andalucía que, a pesar de la indolencia de sus habitantes, la verdura, la frondosidad de la tierra encantan el alma del que acaba de dejar las áridas llanuras de la Mancha, donde el viajero se cree más bien en la Arabia desierta que no en la región meridional de la culta Europa.

En medio de vastos y fértiles olivares, de montes de robustas encinas, de viñedos frondosos, de campos cereales, la blancura resplandeciente de los cortijos, que vistos de lejos tienen alguna

semejanza con los caseríos ingleses, hace un efecto maravilloso.

A corta distancia unos de otros se descubren muchos pueblos, más o menos considerables, cuya posición próxima siempre a los pasos precisos de la sierra, y en puntos que los dominan, descubre que en su origen fueron puestos militares, establecidos por los moros para defenderse de las continuas incursiones de los cristianos. Los castillos ruinosos que en casi todos ellos se ven aún, y sus nombres arábigos, acreditan suficientemente esta conjetura.

Verifícase la comunicación entre estos pueblos por medio de unas veredas, que vistas y andadas parecen, y son más a propósito, para cabras que para hombres y caballos; pero los naturales de la sierra las andan con una presteza y agilidad sorprendentes; y el forastero, animado con su ejemplo, acaba por habituarse y caminar tranquilo por ellas. En este caso me hallaba yo.

Andando a la aventura mi rocín acertó a tomar una estrecha senda que en la mitad de la altura de una cadena de colinas bastante pendientes corre paralelamente a su base, al pie de la cual se desliza, con manso ruido entre innumerables piedrecillas de jaspe colorado, un arroyo cuyo color verdoso y olor azufrado dan claros indicios de ser sus aguas minerales. Crecen en su orilla el romero, la adelfa y otros muchos arbustos en profusión, y la flor roja del segundo citado contribuye a prestar a aquella ribera, si tal nombre merece, un aspecto ameno y pintoresco.

Como media legua podría yo haber andado, cuando la lentitud del paso de mi cuartago, lo lacio de sus orejas y la humilde postura de su cabeza me revelaron que si no quería volverme a pie a mi domicilio, era preciso que permitiese descansar un momento a aquella _vera

efigies_ de Rocinante. Eché, pues, pie a tierra, y reconociendo, por la frondosidad del sitio, que me hallaba en las inmediaciones de un manantial de agua potable, como la sed empezaba a aquejarme, quise buscarlo. Tuve para esto que meterme por un angosto desfiladero en el que apenas cabían dos personas de frente. La elevación de los dos peñascos laterales, y las ramas de muchas higueras silvestres que de sus hendiduras salían, formando una bóveda impenetrable a los rayos del sol, hacía también muy a propósito aquel paraje para madriguera de bandidos, casta de pájaros en que el país suele abundar. Esta circunstancia dio lugar a que yo descolgase el retaco que llevaba pendiente del arzón trasero, según costumbre de Andalucía, y con él terciado y montado entrase en el desfiladero.

No bien anduve veinte pasos, sentí a corta distancia el ruido de los de otro hombre y otro caballo. Debió de sucederle a él lo mismo, y de formar tan buen concepto de mí como yo de él, pues al descubrirnos nos apuntamos simultáneamente con los retacos, y ambos preguntamos a un tiempo:

—¿Quién va?

Íbamos los dos vestidos a la jerezana, que es también el uniforme de los ladrones; pero como llevábamos bigotes el uno y el otro, apenas nos los vimos cesaron nuestras sospechas, y bajando a un tiempo las escopetas depusimos el airado ceño y nos saludamos cordialmente con el nombre de compañeros.

Mi encuentro era un anciano de robusta complexión y nerviosa fibra. Los años le habían como curtido, pero conservaba toda la elasticidad de sus miembros y una estatura elevada, exenta de la curvatura general de los hombres de su edad. Por debajo del sombrero

portugués dejaba ver unos cabellos espesos, pero blancos como la nieve, y de igual color eran los poblados bigotes que me le dieron a conocer por hombre honrado.

—¿Adónde bueno, mocito? —me dijo con cortesía, pero con aquel tono de superioridad justa que los ancianos toman siempre con los jóvenes.

—Voy, señor mío —le contesté—, buscando la fuente.

—Por el acento y el camino que usted toma bien se conoce que no es del país. Yo también voy a la fuente, y si usted quiere podremos ir juntos.

Agradecí y acepté la oferta, y echamos a andar hasta el manantial, que aún distaba más de lo que yo me figuraba.

El aire cordial, la franqueza, la urbanidad marcial de mi compañero, me hicieron reconocerle desde luego por un oficial veterano; y en efecto lo era. A los cinco minutos de estar juntos se estableció entre nosotros la misma libertad de trato que pudiera haber si nos conociéramos de diez años antes.

El anciano me dijo que tenía setenta años, y se llamaba don Sebastián de Vargas. Había empezado a servir en caballería a los doce años, esto es, en el de 1776. Había hecho la campaña del año 92; la de Portugal con los franceses; la de América; y la del año 23 en el bizarro ejército constitucional de Cataluña.

Tenía tres heridas, la cruz de San Fernando y otras infinitas por distintas acciones; y era comandante de escuadrón con grado de coronel; gracias a la amnistía, pues desdeñando purificarse en la última época, se había quedado de paisano. Había asistido a más

funciones de guerra que yo tengo meses de vida; y confieso que aunque las refería con harta prolijidad, le escuchaba con gusto y veneración.

Dos horas estuvimos juntos, y quedamos tan amigos que me convidó a ir a pasar algunos días en un cortijo que habitaba a media legua de aquel paraje.

—Vivo en el campo —me dijo—, con mi familia, que se reduce a una hija de veinticuatro años, un sobrino de treinta, mi ama de llaves y mi asistente, soldado tan antiguo como yo. No recibiremos a usted con cumplimientos, ni podremos obsequiarle a la moda de la corte; pero en cambio será usted bien llegado siempre que quiera favorecernos, y partirá con nosotros una puchera no mal sazonada.

Dile las gracias por el ofrecimiento, prometiendo no despreciarlo; y monté a caballo, gozoso con mi nuevo conocimiento. Dos días después fui al cortijo de Sierra-Carnero, que así se llama el de don Sebastián de Vargas.

Su hija es una señorita no destituida de mérito personal, educada con más esmero del que yo suponía. Ella y su padre me recibieron como este me lo había prometido. Por la mañana vimos su habitación, que es una excelente casa de campo, aunque de muy antigua construcción, a la cual se han ido agregando sucesivamente cuadras, tinaones o establos, graneros y pajares. No muy lejos de ella está un molino de aceite. Por la tarde paseamos en las tierras del cortijo, que son vastas, bien cultivadas y productivas: no faltan en ellas los olivos, encinas y cepas, además de los sembrados de trigo y cebada, y los prados de alcacer. Pero lo que me encantó fue una huerta en la que, entre otros muchos árboles frutales, se veía considerable número de naranjos,

limoneros y granados.

El sobrino de don Sebastián, que tenía por nombre don Pedro Alcántara Hinojosa, me pareció un excelente sujeto; pero yo a la cuenta no tuve igual fortuna con él, pues me trató con notable reserva.

Mi amistad con aquella familia llegó a hacerse cada día más íntima, por manera que pasaba semanas enteras en Sierra-Carnero. En una de estas ocasiones llamó mi atención un retrato, de excelente mano, de una señora vestida con traje antiguo, pero tan parecida a la hija de mi huésped que llegué a figurarme sería su madre, que por extravagancia se hubiese hecho pintar vestida de máscara.

Cabalmente cuando hice esta observación, Inesita, que tal era el nombre de la joven, se hallaba sola conmigo. Comuniquela mi pensamiento y ella, riéndose, me contestó:

—No es usted solo el que ha tenido esa equivocación, no señor. Esa no es mi madre: es mi sexta o séptima abuela. Dicen que en la figura nos parecemos mucho; y si es verdad, como es tradición en la familia, que pasó muchos disgustos en su vida, me temo que también en eso nos pareceremos.

Al concluir estas palabras, la sonrisa de Inesita se convirtió en una expresión melancólica, y una lágrima se asomó furtivamente a sus hermosos ojos.

Yo, que sin poderlo remediar soy muy compasivo con las damas, y un tantico curioso, pregunté con bastante empeño, y supe de aquella joven la causa de su disgusto. He aquí cómo sobre poco más o menos me la refirió:

—Esa señora que usted ve retratada, dicen que era de una familia

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com